

No es necesario que lo sepa. *(Abre vivamente la carta lee algunas líneas, examina un papel metido en el sobre y da un grito de alegría.)*
¡Nora!

NORA.—*(Le pregunta con la mirada.)*

HELMER.—¡Nora! ¡No, volvamos a leerla! Sí, eso es ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

NORA.—¿Y yo?

HELMER.—Tú también, claro está. Estamos salvados los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Lamenta, dice, se arrepiente... Un acontecimiento feliz que va a cambiar su existencia... ¡Ah!, poco importa lo que escribe. ¡Estamos salvados, Nora! Nadie puede ya perjudicarte. ¡Ah! Nora, Nora... No, destruyamos antes todos esos horrores. Voy a ver. *(Echa una ojeada al recibo.)* No, no quiero ver nada. Habrá sido una pesadilla; eso es. *(Rompe las dos cartas y el recibo, lo arroja todo a la chimenea y mira cómo arden los papeles.)* ¡Mira! ¡Todo ha desaparecido! Te escribía que desde la víspera de Navidad, tú... ¡oh! ¡Qué tres días de prueba debes haber pasado, Nora!

NORA.—He sostenido una lucha violentísima en esos tres días.

HELMER.—Y te desesperabas. No veías otra salida que... No, no nos acordaremos de todos esos horrores. Festejaremos nuestra libertad, repitiendo sin cesar: se acabó, se acabó. Escúchame, pues, Nora. Me parece que no lo comprendes: se acabó. ¿Pero qué quiere decir esa seriedad? ¡Oh! Mi pobrecita Nora, comprendo... No crees que te he perdonado. Y, sin embargo, es verdad, Nora, te lo juro; todo lo he perdonado. Ya sé que lo que hiciste lo hiciste por amor mío.

NORA.—Es verdad.

HELMER.—Me amaste como una mujer debe amar a su marido. Solamente te equivocaste en la elección de medios. Pero ¿crees que voy a amarte menos porque no sepas guiarte tú misma? No, no apóyate

en mí, encontrarás ayuda y dirección. No sería hombre si no fueras doblemente seductora a mis ojos por tu debilidad de mujer. Olvida las duras palabras que te he dicho en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba a hundirse conmigo. Te he perdonado. Nora; te juro que te he perdonado.

NORA.—Gracias por tu perdón. *(Vase por la puerta de la izquierda.)*

HELMER.—No, quédate. *(La sigue con los ojos.)* ¿Por qué te diriges a la alcoba?

NORA.—*(Desde su alcoba.)* Para quitarme este traje de máscara.

HELMER.—*(Cerca de la puerta, que ha quedado entreabierta.)* Bueno, descansa; procura calmar tu espíritu, reponerte del susto, pajarito miedoso. Descansa tranquila; yo te protegeré bajo mis amplias alas. *(Paseándose, sin alejarse de la puerta.)* ¡Qué tranquilo y encantador es nuestro hogar, Nora! Aquí estás segura. Te guardaré como paloma recogida, después de haberla arrancado sana y salva de las garras del milano. Sabré apaciguar tu pobre corazón que palpita. Poco a poco lo conseguiré; créeme, Nora.

Mañana lo verás todo de distinta manera. Todo volverá a ser como fue. No necesitaré repetirme constantemente que te he perdonado. Tú misma lo comprenderás sin vacilar. ¿Cómo puedes suponer que te rechace o te dirija reproches? No sabes tú, Nora, lo que es, en verdad, el corazón del hombre. ¡Hay para el hombre tal necesidad, tal contentamiento en la conciencia cuando ha perdonado verdaderamente en el fondo del corazón! Es como una segunda posesión, como una creación nueva; no se ve solamente a la mujer en el ser perdonado, se ve también al hijo. Así me aparecerás en lo futuro, pobre criaturita extraviada, sin brújula. No temas nada, Nora. Sé siempre franca conmigo y yo seré a la vez voluntad y conciencia para ti. ¿Cómo? ¿No te has

acostado todavía? ¿Has vuelto a vestirme?

NORA.—*(Que se ha puesto el traje de diario.)* Sí, Torvaldo; he vuelto a vestirme.

HELMER.—¿Por qué a estas horas?

NORA.—Esta noche no pienso dormir.

HELMER.—Pero, querida Nora...

NORA.—*(Mirando el reloj.)* No es tarde todavía. Siéntate, Torvaldo; tenemos que hablar.

HELMER.—Nora, ¿qué significa? Esta seriedad...

NORA.—Siéntate. La entrevista será larga. Aún tenemos mucho que decirnos.

HELMER.—*(Sentándose enfrente de ella.)* Me asustas, Nora. No te comprendo.

NORA.—Es verdad; no me comprendes y tampoco yo te había comprendido... hasta esta noche. No me interrumpas. Escucha lo que te digo... Se trata de ajustar cuentas.

HELMER.—¿Qué pretendes?

NORA.—*(Después de una pausa.)* Ahora estamos frente a frente. ¿No te llamas la "atención" una cosa?

HELMER.—¿Qué quieres decir?

NORA.—Hace ocho años que estamos casados. Reflexiona: ¿no es la primera vez que los dos, tal como somos, marido y mujer, hablamos juntos seriamente?

HELMER.—Seriamente, sí. ¿Qué quieres decir?

NORA.—Ocho años han pasado... y más aún, contando desde nuestro primer encuentro, y nunca hemos sostenido una conversación seria sobre un asunto grave.

HELMER.—¿Debes acaso iniciarte en esas eternas preocupaciones que no hubieras podido disipar?

NORA.—No hablo de preocupaciones. Quiero decir que nunca, sea por lo que fuere, hemos intentado ver juntos el fondo de las cosas.

HELMER.—Pero, querida Nora, ¿era ésa una ocupación para ti?

NORA.—¡Eso es! Nunca me has

comprendido... Habéis sido injustos conmigo, Torvaldo. Papá, primero; después, tú.

HELMER.—¿Cómo? ¿Los dos? ¿Pero quién te amó como nosotros?

NORA.—*(Moviendo la cabeza.)* Vosotros no me habéis amado nunca. Os ha parecido divertido estar en adoración ante mí. Eso es todo.

HELMER.—Pero, Nora, ¿qué quiere decir ese lenguaje?

NORA.—Así es, Torvaldo. Cuando estaba con papá, me exponía sus ideas que yo compartía. Si pensaba otra cosa, me lo callaba. Le hubiera disgustado. Me llamaba su muñequita y jugaba conmigo como jugaba yo con mis muñecos. Después vine a tu casa...

HELMER.—Hablas de nuestro matrimonio de un modo extraño.

NORA.—*(En el mismo tono.)* Quise decir que de las manos de papá pasé a las tuyas. Todo te lo arreglaste a gusto tuyo y yo lo compartía, o bien fingía compartirlo, no recuerdo ahora bien: tal vez ni una cosa ni otra; unas veces, una y otras veces, otra. Mirando hacia atrás, me parece que he vivido como viven los pobres... al día. He vivido de las piruetas que hacía por ti, Torvaldo. Pero esto te gustaba. Tú y papá sois muy culpables respecto de mí. Vosotros tenéis la culpa si no sirvo para nada.

HELMER.—Eres absurda, Nora, absurda e ingrata. ¿No fuiste dichosa aquí?

NORA.—No. Creí serlo pero nunca lo fui.

HELMER.—¡Tú no has... tú no has sido dichosa!

NORA.—No. Fui alegre, nada más. Eras muy cariñoso conmigo, pero nuestra casa no fue más que salón de fiesta. Fui en tu hogar la mujer-muñeca, como antes, en el hogar de papá, fui la niña-muñeca. Y nuestros hijos fueron también muñecas para mí. Me parecía a mí divertido que tú jugaras conmigo, como a ellos les parecía divertido

que yo jugara con ellos. Así fue nuestra unión. Torvaldo.

HELMER.—Hay algo de verdad en lo que dices, aunque exageras y añades demasiado. Pero en el porvenir todo cambiará. Acabó la hora de recreo y empieza la hora de la educación.

NORA.—¿La educación? ¿Cuál? ¿La mía o la de los niños?

HELMER.—Una y otra, querida Nora.

NORA.—¡Bah! No eres, Torvaldo, capaz de educarme para convertirme en una esposa como es debido.

HELMER.—¿Y tú dices eso?

NORA.—Igual que yo. Tampoco estoy preparada para educar a mis hijos.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—¿No decías hace poco que era una labor que no te atrevías a confiarme?

HELMER.—Lo dije en un momento de enfado. ¿Quieres ahora recordármelo?

NORA.—No, por Dios. Pero tenías razón. Es una labor superior a mis fuerzas. Hay otra que debo realizar antes. Quiero educarme a mí misma. Tú no puedes facilitarme este trabajo. Lo debo emprender sola. Por eso quiero dejarte.

HELMER.—(Levantándose de un salto.) ¿Qué dices?

NORA.—Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea. Así no puedo quedarme a tu lado.

HELMER.—¡Nora! ¡Nora!

NORA.—Voy a marcharme en seguida. Me refugiaré en casa de Cristina esta noche.

HELMER.—¡Estás loca! No tienes derecho a irte. Te lo prohíbo.

NORA.—Ya no puedes prohibirme nada. Me llevo lo que es mío. De ti no quiero tener nada, ni ahora ni nunca.

HELMER.—¿Qué significa esta locura?

NORA.—Mañana partiré para mi casa; quiero decir para mi país na-

tal... Allí encontraré fácilmente un medio de vivir.

HELMER.—¡Estás ciega, pobre ser sin experiencia!

NORA.—Ya procuraré crearme la experiencia, Torvaldo.

HELMER.—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos! ¿No piensas en lo que dirán?

NORA.—No puede detenerme eso. Solo sé que para mí es indispensable.

HELMER.—¡Oh! ¡Es irritante! Vas a traicionar los deberes más sagrados.

NORA.—¿Qué consideras tú como deberes más sagrados?

HELMER.—¿Necesito decírtelo? ¿No son los deberes hacia tu marido y tus hijos?

NORA.—Tengo otros tan sagrados como éstos.

HELMER.—No los tienes. ¿Cuáles?

NORA.—Los deberes conmigo misma.

HELMER.—Ante todo eres esposa y madre.

NORA.—No lo creo yo así. Ante todo soy ser humano, con igual derecho que tú, o por lo menos debo intentar serlo. Sé que la mayor parte de los hombres te darán la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en libros. Pero yo no he de guiarme por lo que dicen los hombres ni por lo que imprimen en los libros. Necesito yo misma formarme mis ideas y procurar darme exacta cuenta de todo.

HELMER.—¿Qué? ¿No te das cuenta de tu sitio en el hogar? ¿No tienes una guía infalible, la religión, para orientarte?

NORA.—¡Ay, Torvaldo! ¿Y si te dijera que no sé exactamente lo que es la religión?

HELMER.—¿No sabes lo que es?

NORA.—Respecto de ese particular no sé más que lo que me dijo el pastor Hanser al prepararme para la confirmación: la religión es esto, la religión es lo otro. Cuando esté sola y libre, estudiaré esta cuestión

como tantas otras. Veré si el pastor decía la verdad o, por lo menos, si lo que decía era verdad con relación a mí.

HELMER.—¡Parece increíble que esto lo diga una joven! Pero si la religión no puede guiarte, deja al menos que sondee tu conciencia. Porque supongo que por lo menos posees sentido moral. ¿O tal vez careces de él? Contesta.

NORA.—Mira, Torvaldo, me es difícil contestar. No sé nada. No puedo entender nada de eso. Sólo sé una cosa: que mis ideas difieren enteramente de las tuyas. Acabo de comprender que las leyes no son lo que yo creía, pero lo que no me cabe en la cabeza es que esas leyes sean justas. ¡Una mujer no tiene derecho a evitar un disgusto a su anciano padre moribundo, ni a salvar la vida de su marido! Esto no puede hacerse.

HELMER.—Hablas como un niño. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA.—No, no comprendo nada. Pero quiero averiguar quién tiene razón, si la sociedad o yo.

HELMER.—Estás enferma, Nora, tienes fiebre. Hasta llego a creer que has perdido la razón.

NORA.—Me encuentro esta noche con más lucidez y más seguridad en mí misma que nunca.

HELMER.—¿Y con esta seguridad y esta lucidez abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA.—Sí.

HELMER.—Esto no tiene más que una explicación.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—¿No me amas ya?

NORA.—Eso es: ése es el secreto de todo.

HELMER.—¡Nora! ¡Y me lo dices así...!

NORA.—Me da mucha pena, Torvaldo, porque siempre fuiste bueno para mí. Pero nada puedo hacer. Ya no te quiero.

HELMER.—(Procurando dominar-

se.) ¿De esto también estás perfectamente convencida?

NORA.—Absolutamente. Y por eso no quiero permanecer aquí.

HELMER.—¿Y puedes explicarme cómo perdiste tu amor?

NORA.—Sí. Fue esta noche cuando vi que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces comprendí que no eras el hombre que imaginaba.

HELMER.—Explicate. No te entiendo.

NORA.—Durante ocho años he esperado con paciencia. Ya sabía yo que los milagros no se realizan todos los días. Por fin, llegó la hora de angustia. Entonces pensé con seguridad que iba a realizarse el milagro. Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón no pensé ni por un momento que hubieras podido doblegarte a las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que tú le dirías: Vaya usted y publíquelo todo. Y al realizarse esto...

HELMER.—¿Cresté que entregaría mi mujer a la vergüenza y al desprecio público?

NORA.—Y cuando se hubiera realizado estaba completamente segura que ibas a presentarte a cargar con la responsabilidad y a decir: Soy el culpable.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—Vas a decir que no hubiera aceptado este sacrificio. Claro está. ¿Pero qué hubiera significado mi afirmación enfrente de la tuya? ¡Sí! ¡Ése era el milagro que esperaba con terror! Y para impedirlo quería morir.

HELMER.—Con alegría, Nora, hubiera trabajado por ti noche y día. Todo lo hubiera sufrido a gusto, disgustos y preocupaciones. Pero nadie ofrece el honor al ser que ama.

NORA.—Millares de mujeres lo han hecho.

HELMER.—Piensas como un niño y hablas igual que piensas.

NORA.—Sea. Pero tú no piensas así y no hablas como el hombre al

cual hubiera podido seguir. Una vez tranquilo, no sobre el peligro que corría yo, sino sobre el que pudieras correr tú mismo, lo olvidaste todo. Vuelvo a ser el pajarillo cantor, la muñeca que estabas dispuesto a llevar en brazos, como antes, con mayores precauciones porque has tenido pruebas de su fragilidad. *(Levantándose.)* Escucha, Torvaldo. Desde aquel momento me parece que he vivido ocho años en esta casa con un extraño y que he tenido tres hijos... ¡No quiero ni pensarlo! ¡De buena gana me destruiría yo misma en mil pedazos!

HELMER.—*(Con voz apagada.)* Ya veo que, desgraciadamente, un abismo nos separa. Pero dime, Nora, si hay algún medio de salvarlo.

NORA.—Tal como soy, no puedo ser tu mujer.

HELMER.—Tendré fuerza de voluntad para transformarte.

NORA.—Tal vez... si te quitan la muñeca.

HELMER.—¡Sepáramos!... ¡Sepárame de ti! No, no, Nora, no puedo acostumbrarme a esa idea.

NORA.—*(Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)* Razón de más para acabar cuanto antes.

(Sale y vuelve con sombrero y abrigo y un saquito de mano, que coloca sobre una silla cerca de la mesa.)

HELMER.—Ahora no, Nora; ahora no. Espera a mañana.

NORA.—*(Poniéndose el abrigo.)* No puedo pasar la noche en casa de una persona extraña.

HELMER.—¿Y no podemos seguir viviendo juntos como hermano y hermana?

NORA.—*(Sujetándose el sombrero.)* Demasiado sabes que no podría durar mucho. *(Echándose el chal sobre los hombros.)* Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. Tal como soy actualmente... no puedo ser para ellos una madre.

HELMER.—¿Pero algún día... Nora... algún día?

NORA.—¿Qué quieres que te conteste? No sé lo que será de mí.

HELMER.—Pero, suceda lo que suceda, siempre serás mi mujer.

NORA.—Oye, Torvaldo: cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como yo lo hago hoy, las leyes, según me han dicho, desligan al marido de todo deber para con ella. En todo caso, yo te doy plena libertad. No necesitas considerarte ligado, como tampoco yo he de considerarme así. Libertad entera por ambas partes. Toma: tu anillo. Devuélveme el mío.

HELMER.—¿También eso?

NORA.—Sí.

HELMER.—Toma.

NORA.—Gracias. Ahora todo acabó. Dejo las llaves allí. Por lo que respecta al manejo de la casa, la criada lo sabe... lo sabe mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, Cristina vendrá a arreglar en una maleta todo lo que traje al venir aquí. Quiero que me lo envíen.

HELMER.—¡Todo acabó! ¿No querás nunca ya pensar en mí?

NORA.—Pensaré en ti con frecuencia, naturalmente, y en los niños y en la casa.

HELMER.—¿Puedo escribirte, Nora?

NORA.—¡No! ¡Nunca! Te lo prohíbo.

HELMER.—Pero yo podré enviarte...

NORA.—Nada. Nada.

HELMER.—Ayudarte, si lo necesitas.

NORA.—No. Te digo que no. No acepto nada de una persona extraña.

HELMER.—Nora... ¿No seré para ti nunca más que una persona extraña?

NORA.—*(Cogiendo el maletín.)* ¡Oh! Torvaldo, sería necesario para ello el mayor de los milagros...

HELMER.—¿Cuál?

NORA.—Sería necesario que los dos nos transformáramos en un grado tal... Pero, desgraciadamente, Torvaldo, ya no creo en los milagros.

HELMER.—Pues yo sí quiero creer. Dilo. Debíamos transformarnos en un grado tal que...

NORA.—Que nuestra unión fuese un matrimonio verdadero. Adiós.

(Vase por la puerta de entrada.)

HELMER.—*(Dejándose caer en una silla, cerca de la puerta, y cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Nora! ¡Nora! *(Levanta la frente y mira en torno suyo.)* ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! *(Con esperanza naciente.)* ¿El mayor de los milagros?

(Se oye el ruido de la puerta de la casa, que se cierra.)

FIN DE

«CASA DE MUÑECAS»

Angel de Campo (1868-1908)

Novelista y cuentista mexicano, nació y murió en la Ciudad de México. Estudió un año en la escuela de Medicina, trabajó en la Secretaría de Hacienda, fue profesor de Literatura en la Nacional Preparatoria y además periodista. En diarios y revistas publicó crónicas y cuentos con el seudónimo de Tick Tack; después utilizó el seudónimo de Micrós, con el que fue más conocido. Con su material literario se formaron tres libros: *Ocios y Apuntes*, *Cosas Vistas* y su novela "La Rumba". Como novelista Micrós cultivó un realismo sin excesos naturalistas y con tendencia a un costumbrismo tan bien observado como propenso a la sentimentalidad. Presenta la pobreza de la ciudad, capta en sus narraciones, con profundidad y ternura, cuadros de costumbres, relata experiencias de la niñez, retratos de personajes típicos, historias de niños y de animales abandonados. En "La Rumba", se advierte la fidelidad fotográfica del realismo. En sus cuentos se muestra minucioso, detallista y una vez más, sentimental.

A continuación encontrarás la lectura de la obra de El Chato Barrios, con el objeto de que constates los elementos listos que se dejan ver en la obra de este autor.

EL CHATO BARRIOS

Angel de Campo (Micrós)

El salón de nuestra clase estaba incómodo, salón de escuela de barrio, que, gracias a muebles alquilados, había perdido aspecto lamentable de otras veces. El piso, y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes; alfombras tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de banquetas, triple hilera de sillas austríacas que, rodeando de la mesa, cubierta con un mantel chino, terminaba junto a la puerta en la dirección.

Era día de premios, era gran día para la presencia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia . . .

Recuerdo que dos días duraba la comensura del salón, en la cual tomaban parte activa unos vecinos, la criada y aquellos alumnos que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se hacinaban en la mesa, a los lados un tintero de porcelana; dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas y un par de bustos de yeso, representando a Minerva el uno y a Minerva también el otro.

Henos aquí desde las siete de la mañana, lavados, con traje nuevo los unos, arregillando y remendado los otros, sin adorno alguno los más.

Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente arrancada, que no podía hacer más gasto que el de veinte centavos; diez para pomada y diez para betún. Pero el traje, qué importaba? Todos éramos iguales, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas banquetas, con los brazos cruzados, contemplando un salón, hambro de no sé qué ajuar, de respaldo de terciopelo en el que debía tomar asiento, frente

a la mesa, un inspector escolar, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

7 Llegaban las familias sin que nadie se moviese; señoras, papás de ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos y se acariciaban las rodillas; niñas de profusos rizos y vestidos de lana . . . Las personas distinguidas eran invitadas por el señor Quiroz para tomar asiento en la primera fila.

8 Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas; el señor Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían de pie y las mujeres miraban, con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros y claros guantes.

9 Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo miraban de hito en hito; cada año estrenaba traje, y cada año se sacaba el premio, y cada año lo disputaba, ¡oh coincidencia! el Chato Barrios, hijo del carbonero de la esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

10 En nuestro corazones de rapazuelos de cinco años, influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como a un simple condiscípulo, sino como un ser colocado en la más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, las medias restiradas a rayas azules, el pelo rizado ad hoc y los diminutos guantes hacían de él un héroe de la fiesta . . . Con razón parecíamos los demás un atajo de niños mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gente sin educación.

11 El señor Quiroz le hacía un cariño y daba conversación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semi-inclinado y con leve sonrisa que entreabría los labios.

12 Poníase en pie el señor Quiroz y leía la memoria, que terminaba siempre con estas frases: "Réstame sólo, respetable público,

das las gracias por la asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Paredo y el flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho".

13 "Fábula, en francés, por el niño Isidoro Cañas".

Nuestro director palidecía. Borbolla dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía; avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba: "Maitre corbó sur un abre perché . . . tenet a son bee, infromage".

14 Cada palabra acompañada con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del saco, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos, abría la boca el inspector, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡Viva el niño Cañas!

15. Desde ese momento, Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio . . . y envidiábamos a Isidorito.

16. "Mención honorífica, leía Borbolla con voz clara, el alumno Rito Barrios", y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: "andale, Chato Barrios, a ti te toca"; pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que el señor Quiroz, con voz amable, le dijera:

— Señor Barrios, acérquese usted . . .

17. Y un muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón; las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre; y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar "pegaba" la cabeza de la mesa a su asiento.

18 Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios; inexplicablemente amargura de cosas aún no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño de Isidorito al Chato y viceversa; Isidorito que vestía bien; Isidorito que decía una tontería y no le pegaban; Isidorito que estudiaba menos; Isidorito que usaba reloj; y el Chato que llegaba al colegio antes que otro; el Chato, que aprendía la lección en un segundo; el Chato que vivía en una carabonería; el Chato que iba al colegio, de balde; el Chato . . . que era muy infeliz.

19 He visto, después de muchos años, aquellos diplomas, el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un agobado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, lo sé, que los premios del Chato iban al empeño; y ese Chato es un muchacho de traje hecho jirones que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer.

20 Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida de quien que no posee más que un libro y un mendrugo: lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por una amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza; pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre de esa humillación continua, de esa plebs infeliz y pisoteada, surgen las testas coronadas de los sabios, que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

UNIDAD 5

EJERCICIOS DE EVALUACION

¿Cómo surgen los movimientos o corrientes artísticas?

¿A qué se le llama Escuela o Epoca Literaria?

¿Cómo se reconoce una época literaria?

¿Qué período comprende la primera época literaria llamada Clásicismo?

¿Cuándo aparece el Neoclasicismo y por qué se le llama así?

INSTRUCCIONES: Coloca dentro del parentesis el número que corresponda a la cuestión.

1. PINDARO () Famosas obras del poeta Homero
2. ESQUILO () Conocido como "El Padre de la Poesía" se supone nació 900 años Antes de la era Cristiana y nació en Esmira.
3. ANTIGONA, EDIPO REY, () Poetisa que nació en Lesbos, escribía versos sobre el amor, y son famosas las Odas Sáficas.
EDIPO DE COLONA,
ELECTRA, AYAX